



SERTORIO

Claudio Martín



STELA LITERARIA



Foto: Claudia Martín

Claudio Martín es natural de Llerena, Badajoz. En 1984 funda Paraíso de Tlaloc, una de las primeras compañías profesionales de Extremadura. Es con esta formación y con las obras *Gracia Loca* y *Vivir en las nubes* con las que recibe sus primeros galardones como director y escenógrafo.

Es cofundador de la compañía Teatro de Papel en 1994.

Fue nominado 2008 y 2009 al Premio Jara de Teatro Extremeño como mejor director por las obras *Cyrano* y *El enfermo imaginario*. En 2010 produce y adapta para la escena la novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray*, y gana el Premio FATEX al Mejor Autor Extremeño con el texto *Mírame*. En 2014 es primer finalista en la VI edición del Premio Internacional de Teatro Agustín González con *La duda*. En 2022 produce y dirige una libre versión de *Tartufo* de Molière.

Realiza cursos de dramatización para ayuntamientos, universidades populares y profesorado.



STELA LITERARIA

El siglo I a.C. fue, sin duda, una de las centurias más apasionante y convulsas de la historia. Una serie de personajes y hechos imprescindibles surgen para modelar la nueva Roma, que abandona definitivamente las formas republicanas para asumir su carácter imperial. En este contexto aparece Quinto Sertorio, el incómodo general sabino. Exiliado en Hispania, aliado con los nativos, pone a prueba, durante ocho años, a todo el enorme potencial bélico de las legiones romanas. Sólo la traición, al igual que con Viriato, acabó con su vida.

Sertorio hizo renacer el sentimiento nacionalista que el héroe lusitano apagó con su muerte. Hispania quiso ver en éste general rebelde, odiado por Sila y perseguido por Roma, a su liberador, al personaje indispensable que, de alguna manera, había conseguido unirlos, y que poseía fundamentos para desatarlos del yugo imperialista.



STELA LITERARIA

S E R T O R I O

Claudio Martín

STELA LITERARIA A.C.

*Quedan rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del “copyright”, bajo las
sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
parcial o total de esta obra por cualquier medio o
procedimiento, comprendidos la reprografía y el
tratamiento informático.*

SERTORIO

De Claudio Martín

Primera edición, noviembre, 2022

Diseño de portadas: Helena Martín

Ilustración de cubierta: Sarcófago de Portonaccio

©De los textos: Claudio Martín

©De esta edición: Stela Literaria A.C.

Impresión: Estilo Estugraf Impresores S.L.

I.S.B.N.: 978-84-125854-2-1

Depósito Legal: BA-000597-2022

*A Helena y Claudia,
porque así lo quisieron.*

“... el que entre los grandes generales, los más guerreros y que más grandes cosas acabaron por la astucia y la sagacidad todos fueron tuertos: Filipo, Antígono, Aníbal y éste de quien ahora escribimos, Sertorio; el cual se hallará haber sido más contenido que Filipo en el trato con mujeres, más fiel que Antígono con sus amigos, más humano que Aníbal con los contrarios, y, no habiendo sido inferior a ninguno en la prudencia, fue inferior a todos en la fortuna, ...”

Plutarco

ÍNDICE

9	SERTORIO
53	PERSPECTIVA HISTÓRICA

SERTORIO

DRAMATIS PERSONAE

SERTORIO

PERPENNA

ANTONIO

GRAECIANO

TARQUITIO

FLAURO

DEVA

DRUIDA

CORO

SIGLO I A.C.

HISPANIA OCUPADA

ESCENA I.- OBERTURA. (Coro.)

Sin iluminación alguna, una fanfarria triste y potente señala el comienzo de la representación. La luz emerge poco a poco iluminando una zona reducida de escena donde se descubre a tres perros esbeltos comiendo en un mismo lugar. Son tres animales altos, pardos y brillantes. Uno de ellos levanta la cabeza, observa al público y continúa comiendo. La fanfarria prosigue. Los perros salen por el fondo. La iluminación y la música se transforma para inundar toda la escena.

Representación coreográfica de la Matanza de la Escuela de Osca, donde jóvenes hispanos murieron a espada por mandato de Sertorio.

ESCENA II.- EN EL SANTUARIO. (Druida, Coro y Sertorio.)

(La danza finaliza situando a Sertorio en centro de escena. El Coro lo circunda opresivo. El Druida se destaca entre ellos.)

DRUIDA.— ¡Mira tus manos!

CORO.— *(Como un eco.)* ¡Tus manos..., tus manos...!

SERTORIO.— Calla, anciano, y espera que amanezca. No busques en la noche señales de mi crimen. No soy el que se asombra y abre como un necio la boca al oír tus palabras, pues sé que mientes si afirmas ver algo. Espera que el sol se alce y penetre su

luz por el desfiladero. Aunque para entonces no verás nada, porque utilizaré las gotas de rocío, que la noche atrapa en la hierba, para limpiar mis manos. Las frotaré después con arena, y nada verás; si acaso restos de esta tierra parda de Hispania prendida entre las uñas y cicatrices.

DRUIDA.— ¿Qué has hecho Sertorio?

SERTORIO.— Calla, anciano, y espera que amanezca. Y aunque no verás sangre en mis manos, mi lengua y mis gestos relatarán lo que hice. No lo cayo ni oculto, tan sólo me limpio esta sangre resaca de traición y agravio.

DRUIDA.— ¿A cuántos diste muerte?

SERTORIO.— (*Grita.*) ¡Calla, anciano, y espera que amanezca! No dobla mi brazo la clemencia, ni mi ánimo se enturbia con la lágrima. Yo he tenido el horror tan cerca que lo he saboreado con la boca: ese paladar agrio que no mengua con el vino y perdura por días. El horror se sacia con horror y el ánfora de mi piel aún no está llena. No pongáis a prueba mi maldad porque os trataré como a ellos.

DRUIDA.— No te temo.

SERTORIO.— Mal haces, anciano.

CORO.— Desconfía de nosotros, Sertorio, duda de nuestras formas y apariencia, asegúrate de a quién hieres, pues te traicionarás.

SERTORIO.— Decidme quién sois si lo sabéis.

CORO.— Somos todo o nada. Formas desfiguradas por el viento.

CORO.— Gestos dolientes de jóvenes y madres en mudos quebrantos.

CORO.— Manos que buscan sin asir, señales vanas de esperanzas.

CORO.— (*Con voces dulces, cariñosas, dolientes. El Coro la repite alternativamente, cada vez más lejana.*) ¡Hijo..., hijo...!

SERTORIO.— ¿Qué cólera queréis aún avivar en mí? Pues con esa palabra dejo de ser hombre.

CORO.— ¡Hijo..., hijo...!

SERTORIO.— ¿Es burla o compasión? Quiero saberlo para otorgar la medida de crueldad a mi venganza. Ningún menosprecio tuve de los discípulos de Osca, y les di muerte fríamente.

DRUIDA.— Sertorio, hijo de Rhea, de la tribu Quirina. Qué fácil te fue acabar con esas jóvenes vidas.

SERTORIO.— ¿Qué hace el nombre de mi madre en tu boca?, ¿por qué persistes en emularla, cuando a nadie engañas? Apenas eres una sombra entre sombras canallas.

DRUIDA.— Sombras que lloran por sus hijos.

CORO.— (*Acercándose insistentes. Doloridos.*) Sostuve su mano...

CORO.— Y de su boca no pude escuchar nada...

CORO.— ...hasta que murió.

CORO.— ¿Dónde está?

CORO.— ...aunque movía los labios

CORO.— ¡No lo encuentro!

CORO.— Quedó con los ojos abiertos...

CORO.— ¿Adónde lo llevaste?

CORO.— Supliqué porque estuviera vivo...

CORO.— pero no fue así.

CORO.— ¡Hijo...!

DRUIDA.— No te temo, hijo de Rhea.

SERTORIO.— ¿Pretendes ablandar mis emociones con estas nefandas plañideras? ¿Para qué?, si ya no hay procedimiento para remendar sus cuerpos: el hálito se les fue con su sangre y ya está seca y sucia.

DRUIDA.— Para que recuerdes.

CORO.— Para que no olvides.

SERTORIO.— Descuida, anciano, mi único ojo guarda sus rostros, sus llantos y súplicas, pero no esperes remordimientos porque no los habrá, no hay lugar ya en mi alma para ellos. El recodo que guardo lo reservo para mi padre, al que perdí de niño, y mi madre, a la que otorgué todo el amor; a la que respeté y honré hasta su muerte. La que me exigió hombría y lealtad a la palabra dada; la que me hizo aborrecer y castigar la traición. ¡La que me hubiera repudiado sin ambages de otro modo!

CORO.— Jóvenes vidas inocentes.

SERTORIO.— (*Con rabia.*) ¿Qué se puede esperar de unos hijos cuyos padres reniegan acobardados de sus promesas? ¿Qué honra llevará su descendencia? Esta desagradecida Hispania que no lucha siquiera por su libertad; dime tú, anciano: ¿merece piedad? (*Pausa.*) Lo que hice fue en justicia, pero ante todo en desagravio por ingratitud. ¿Qué valor puedes dar entonces a esas vidas? ¿Para qué sirven ya, sino para ración de aves y perros? (*Pausa. Aumenta su rabia.*) Antes de estar yo eran un pueblo bárbaro olvidado de futuro y esperanza. Yo, Quinto Sertorio, les creé un modo de vida, insuflé aliento donde el miedo y la barbarie había enraizado. Y ahora me desprecian como al tamo. (*Con orgullo.*) Sí, no otro sino mi brazo, hundió la espada en lugar certero para acabar con ellos. Con qué torpeza se defendían, con qué evidencia me mostraban dónde herir.

DRUIDA.— Te engañas, Sertorio. Tu elocuencia sólo aspira a justificar tu acción, pero no busques engañarme a mí y a estas sombras porque de nada te ha de servir; yo veo más allá y sé la verdad y ellas ven conmigo y también la conocen.

SERTORIO.— Háblame claro, anciano, y no reserves lo que piensas.

CORO.— Ni cien jóvenes muertos apagarán tu veneno. Tú eres tu condena, pero no te alcanza el valor para ser tu verdugo.

SERTORIO.— ¡Os daré muerte a todos, aunque solo sea por el placer de hacerlo!

CORO.— No hay espada que cercene sombras, pues estamos y no estamos.

DRUIDA.— Sertorio, ningún dios hará llover sobre el camino para ocultar el rastro de tu destino; tu suerte se esfuma como humo de sándalo. Aquellos hombres que se habían agrupado bajo tu bandera, aprovechándose de tus éxitos, ahora, que tu estrella declina, te abandonan. Todo usurpador vive y muere con su suerte.

CORO.— ¿Dónde están tus victorias? ¿Qué queda de tu afán por instruirlos?

SERTORIO.— Soy víctima del orgullo resentido que muestran siempre los más incapaces.

DRUIDA.— Olvidado está todo lo que has hecho por ellos.

CORO.— Olvidados de ti.

DRUIDA.— Olvidado de Roma.

SERTORIO.— ¡No la nombres!

DRUIDA.— Ése es tu mal, tu esperanza y tu tumba; tan al alcance y tan esquiva, la que te tendía la mano para alejarte: Roma, tu pasión inútil.

CORO.— Inútil..., inútil...

SERTORIO.— ¡Calla, anciano! ¡Callad todos!

DRUIDA.— Es a ella la que buscabas y encontraste cuerpos adulescente donde aplacar tu ira.

CORO.— Roma, Roma...

DRUIDA.— ¡Oh! Quinto Sertorio, abandonado de tu gente, desterrado de tu país, al que tanto quieres, al que tanto odias.

SERTORIO.— ¡Necio anciano de lengua viperina! Qué mal me conoces si aseveras eso. ¡Yo jamás odié a Roma! ¡Jamás! Me forjé en el agradecimiento a mi tierra y el respeto a su memoria. ¡Roma es mi patria, a la que me debo y entrego! Es a Sila, ese viejo depravado y envidioso, que me guardó rencor desde bien joven, que me negó la magistratura cuando por méritos la merecía. Al que odio y al que desearía sacar de su sepulcro y revivirlo, para ensañarme con su cuerpo y disfrutar con su miedo mientras le hiero.

DRUIDA.— Templa tu ira, Sertorio; vanos anhelos son los que esperan satisfacción de un muerto, cuando a tu espalda acechan hojas afiladas y certeras que te darán la muerte.

SERTORIO.— ¿Buscas amedrentarme con la amenaza de mis enemigos? ¿A mí, que siendo joven, vadeé a nado el Ródano con coraza y armas? ¿Que llevo marcado en mi rostro el premio a mi valor, no con medalla ni corona, sino con la cicatriz que me cierra el ojo? (*Pausa.*) Mi espada no resplandece al esgrimirla, pues su hoja está manchada y las mellas deforman el filo por su uso; no como la del jovencito malcriado por Sila y ese vejestorio cobarde y perverso, que rehusó enfrentarse a mí para litigar la contienda, cuando sus huestes se lo pedían. No me conoces, anciano, si crees que les temo.

DRUIDA.— Cuídate de lo que no ves, de lo que no hace ruido. No serán los cascos de los caballos, ni el ruido de las hordas en ataque las que te rodeen. Teme a los que tu espalda da sombra o conviértete en Jano para estar protegido, atento y en vigilia.

SERTORIO.— ¿Me hablas de traición? ¿Qué puedes saber tú, oculto en estos valles?

CORO.— Recela de la mano que toca tu hombro.

CORO.— Del que duerme a tu lado y camina también.

SERTORIO.— Di quiénes son, para no verter más sangre que la obligada.

CORO.— Del que te adula.

CORO.— Del que te besa ..., del que te besa ...

SERTORIO.— Acalla esa lengua imprecisa y ofréceme alguna ventaja, anciano, ya que tanto conoces de mí; o déjame a mi suerte, que yo sabré labrarla.

DRUIDA.— ¿Qué suerte, Sertorio? Tu destino está marcado en estos valles y desfiladeros; en estos ríos y playas. El que tú forjaste tan lejos de tu Roma. Estás atrapado para siempre en esta tierra parda de Hispania, con la que frotas tus manos. Y será aquí donde perezcas; de aquí saldrá el brazo traidor que blanda la espada y el corazón que guíe ese brazo, y en un instante tu sueño y tu vida quedarán en un recuerdo ingrato, vagando por estos riscos agrestes, para permanecer solo y desterrado, lejos de tu patria, de tus sueños. Mas seré generoso y te alertaré de tu enemigo.

SERTORIO.— ¡Dilo!

DRUIDA.— Quizá te asuste. (*El Coro lo rodea más insistente.*)

SERTORIO.— Nada me sobresalta ya.

DRUIDA.— Cuídate del que hay en ti y no cesa.

CORO.— Del que te alienta en la venganza.

CORO.— Del que sacude tu calma para volverla ira.

CORO.— Del que se refleja en el cobre pulido de tu escudo.

CORO.— Del que te espía mientras abrega tu caballo.

SERTORIO.— ¡Dioses! ¿A qué lugar me lleváis para merecer esto?

CORO.— Al que han labrado tus manos.

CORO.— (*Crecen los ecos indefinidos e insistentes.*) Sertorio, Sertorio...

SERTORIO.— (*Desconcertado y en defensa.*) ¡Juegas conmigo, anciano!

CORO.— Sertorio, hijo de Rhea

CORO.— Desterrado de Roma.

SERTORIO.— ¡Voces perturbadas a las que no otorgaré certeza!

DRUIDA.— Recuerda a Eumenes, desterrado como tú y traicionado por los suyos.

SERTORIO.— ¡No es esa mi vida ni mi destino, sino el de otro!

CORO.— Sertorio, Sertorio...

SERTORIO.— ¡Basta, figuras fantasmales y ambiguas! ¡Tan inciertas como vuestras palabras! ¡Tendréis el final de los discípulos de Osa! Aunque para vosotras no habrá sepultura, pues nadie os espera ni llora. (*Sertorio ataca con su espada al Coro; nada consigue,*

sus cuerpos transparentes no reciben ningún daño.) ¿Qué sois, a los que mi acero no hiera? ¿Qué materia forma vuestras figuras que no recibo señal en mi brazo?

CORO.— Nada somos para ti.

CORO.— Nada somos. Velos vidriosos para tu locura.

SERTORIO.— (*Desconcertado y temeroso.*) ¡Falsas criaturas! ¿A qué obedecen vuestras apariencias?

CORO.— (*La presión del Coro crece.*) Sertorio, huye de ti, para salvar tu vida.

SERTORIO.— ¡Mostraos en forma sólida y heridme si así es la suerte!

CORO.— Aléjate de ti, Sertorio, para cubrírte.

CORO.— Busca las sombras donde no esté la tuya.

SERTORIO.— ¡Callad, por los dioses! ¡Me haréis caer en la locura!

CORO.— Sertorio, Sertorio... (*El Coro lo rodea. Agarran y tiran de sus vestimentas.*)

SERTORIO.— (*Desesperado.*) ¡Dejadme! ¡Apartaos de mí! Pues, aunque no os temo, tampoco sé cómo venceros. ¡Dejadme, por los dioses! (*Sale increpado por el Coro.*)

ESCENA III.- EL DESTINO. (Coro y Druida.)

*Representación coreográfica del enfrentamiento del pueblo
hispano y el invasor romano.*

ESCENA IV.- EL PRINCIPIO DEL FIN. (Perpenna y Antonio.)

PERPENNA.— ¿Qué noticias traes, Antonio?

ANTONIO.— Las de costumbre; no por ser ya rutina dejan de ser nefastas. El norte de la Vettonia se puede dar por perdido. Pompeyo no nos da tregua, abre nuevos flancos conforme avanza y desconcierta a los pocos que allí resisten. Calagurris a duras penas soporta los envites, pero su coraje la mantiene en la causa. En la costa sólo Tarraco, Valentia y Dianium rechazan como pueden al enviado de Sila.

PERPENNA.— Qué buena traza se dio siempre, este envidioso jovenzuelo, para cosechar sobre semilla ajena.

ANTONIO.— El sur, donde creíamos poder contener a Metelo, parece también ceder. Ese viejo zorro aprendió bien la lección y ya no elude las guerrillas y escaramuzas, al contrario; apoyado por los prófugos Lusitanos y Vetones, bien conocedores del terreno, busca la sorpresa. El desánimo cunde tanto en nuestras mermadas filas, que las deserciones no cesan. Es cuestión de semanas, tal vez de días, su pérdida.

PERPENNA.— La muerte de Hirtuleyo fue fatal para nosotros: jamás un general nuestro fue tan hábil para detener los avances de Metelo. Ese viejo depravado fue astuto al refugiarse al sur del Anas, donde no desaprovechó la ocasión para conseguir alianzas con túrdulos y turdetanos, y seguir, de camino, abasteciendo a Roma del hierro y la plata que generosamente producen sus minas. Ahora, con Sertorio entregado a las veleidades y olvidado de mantener ese rigor, que tanto enorgullecía a los que le seguíamos, ha dejado paso franco para que Metelo una sus fuerzas con Pompeyo.

ANTONIO.— El discípulo de Sila penetra por el curso del Durio, ha reconquistado la parte septentrional de la Vettonia y el occidente de la Alta Meseta. Cuando Metelo se sume a él, ya nada les impedirá avanzar hacia Osca.

PERPENNA.— Nuestros aliados del Mediterráneo, sienten, cada vez más, que esta contienda en nada les beneficia. Aquellas ínfulas prometidas, tan anheladas y cercanas antes, ahora son pesadas alforjas llenas de compatriotas muertos. Los botines de guerra no se producen, y si alguno llega, sólo da baratijas inservibles, ya que los poderosos, sintiendo la debacle, bien se cuidaron, hace tiempo, de cambiar sus bienes y simpatía al bando de Pompeyo. Mitrídates nos ha vuelto la espalda y manda izar velas temeroso de perder más soldados en una causa fracasada.

ANTONIO.— Aquí, y lo sabes bien, Perpenna, el escepticismo crece día a día; aquellos cortejos numerosos ya no existen. Algunos, y son los menos, se resisten a abandonar la ciudad, porque esperan, infelices, que sus promesas se cumplan. Pero esta última locura de Sertorio ha socavado un pozo tan hondo que ninguna palabra cegará. El apoyo de tantos se ha mudado en rabia y la venganza es ahora el fin que persiguen; soportaron con templanza sus pérdidas, su desarraigo y hasta su sumisión, pero la matanza que

ordenó en la Escuela de Osca es difícil de tragar, incluso para los que le juraron *la devotio*.

PERPENNA.— La causa está perdida y nosotros con ella. Sertorio cae y nuestra cobardía nos hace acompañarle. Aquel malogrado intento de acabar con él, nos condenó al silencio, temerosos de sufrir su despiadada cólera, y lo que tan sólo debió ser prudencia y calma, se ha convertido en desconfianza mutua y miedo a ser delatado.

ANTONIO.— Esta agonía me desespera, me siento amarrado a un hombre arruinado por su propio desánimo. Quieran los dioses que la rabia se apodere de mí y me lleve a la rebelión.

PERPENNA.— Serena el ánimo, Antonio. No es la revuelta alocada lo que nos conviene ahora; sería malgastar las pocas oportunidades que nos quedan. (*Pausa.*) Ser intermediario entre las órdenes de Sertorio y sus hispanos, me ha dado la ocasión de enturbiarlas generando desconcierto en ambos: uno por sentirse desobedecido y los otros vejados. Este cultivo ahora ha dado su fruto; es más, con el riego de la sangre vertida en Osca, la madurez es óptima. Que la frialdad de la venganza nos guíe y no un arrebato ciego que, sin duda, nos abocaría al fracaso.

ANTONIO.— Háblame con franqueza, Perpenna, pues mi ánimo está contigo y mis anhelos también.

PERPENNA.— Calla. Alguien llega.

ESCENA V.- LA CONFABULACIÓN. (Perpenna, Antonio, Tarquitio, Graeciano y Flauro.)

TARQUITIO.— Perpenna, ¿qué burla es ésta? ¿Hasta cuándo tendremos que soportar esta bajeza? Los centinelas, que designé para vigilar la retaguardia del bastimento, me informan de que una contraorden de Sertorio los ha desalojado, apostando en su lugar a soldados lusitanos.

PERPENNA.— Tarquitio, tus quejas se unen a las de Aufidio, a las de Manlio y a tantos otros, que contemplan con impotencia cómo el valor de ser romano mengua ante el auge de estos hispanos, que ahora ocupan las preferencias de Sertorio.

TARQUITIO.— Pero fue él, el que a las claras, me ordenó que mandara esa vigilancia, y ahora cuando la cumplo rectifica sin siquiera avisarme.

GRAECIANO.— la molicie lo está perturbando.

TARQUITIO.— ¿Pero dónde queda mi autoridad? ¿Qué pensarán mis tropas si soy desautorizado con tanta prontitud?

GRAECIANO.— Quizá te consuele saber que el trato conmigo no es el que merezco; si a ti te desautoriza, a mí me menosprecia delante de los que ahora lo complacen. Antes apoyaba su mano en mi hombro para otorgarme confianzas, ahora, lejos de hacerlo, me recibe en charla amistosa con los indígenas, me despacha con brusquedad y no se afana en nada para conmigo.

FLAURO.— Comprendo vuestros sentimientos, pero comprendedle también a él. La precipitación de los acontecimientos ha desembocado en una situación insostenible. Todo se le ha desarraigado antes sus ojos.

TARQUITIO.— ¿Quieres justificar su actitud?

FLAURO.— De ninguna manera. Sé del pesar que padeces al menoscabar tu autoridad, pero démosle algún gesto de confianza al que todavía mantiene nuestros espíritus unidos.

GRAECIANO.— Flauro, tu familia es mucho lo que le debe. A ti, en particular, te ha favorecido en más de lo que cualquier nativo esperara, pero nuestra herida es otra; somos compatriotas, nuestro pasado ha estado unido en muchos avatares; lo abandonamos todo para seguirle y vemos, dolidos, cómo descuida la raigambre de los suyos para tender la mano a los extranjeros.

FLAURO.— ¿Extranjeros? Quizá debas corregir tu protesta. Esta tierra, Hispania, lleva lustros consolándose con la penuria y el engaño: Cartago nos mintió, y Roma disfrazó sus pactos cuando vio nuestras riquezas y la facilidad con la que un pueblo rudo y desunido puede ser doblegado. Y cuando Viriato consiguió unirnos, fue otra vez el sello de la traición el que separó al pueblo.

ANTONIO.— Cada pueblo tiene lo que se merece.

FLAURO.— ¿Y qué merece Roma? (*Pausa.*) ¿No os merece a vosotros, para que hayáis tenido que abandonarla por temor a morir? ¿Mereció al tirano Sila, causa de toda vuestra fatalidad? Un pueblo no es quién lo rige, sino quién lo habita. Nosotros somos Hispania; cuesta decirlo ante vosotros, que la tomáis como arrendamiento, pues nada os ata. Pasaréis como otros por ellas, porque vuestro anhelo no para aquí sino en la vuestra, en esa Roma que, a pesar de haberos repudiado, es vuestro sueño de retorno. No me llaméis extranjero en mi terreno, pues no lo soy.

ANTONIO.— ¿Y qué otorgas a Sertorio?

FLAURO.— El poder de unirnos, tanto a mi pueblo como a vosotros con él.

PERPENNA.— Me sorprende, Flauro, ese apego por tu opresor, tan sólo a unos días de la matanza en la Escuela de Osca, cuando aún lloran las madres la pérdida de sus hijos y sus padres y hermanos rechinan los dientes por venganza. ¿Qué te ofrece a ti para mantener tu apoyo?

FLAURO.— Tal vez esperanza. Esta añeja piel de toro necesita intentarlo de nuevo; ya sé que son vagas expectativas, sé que quizá sea tender la mano para que te la muerdan, pero el recuerdo de Viriato perdura, y algunos necesitamos esa quimera. Es triste reconocerlo: aún somos un pueblo incapaz de forjar un caudillo tan capaz como él. Por eso os pido indulgencia para sus errores. Otorguémosle nuevos beneficios, tan sólo por el favor y el amparo que a todos nos ha dado.

PERPENNA.— No me pongas a tu lado porque no quiero. Me bastan mis pensamientos para saber dónde estoy y qué necesito en cada momento. Tus aspiraciones no son las mías, y mal me sabría si lo fuesen, pues como tú bien proclamas, tu tierra no es la nuestra. Yo he acompañado a Sertorio en el fragor de la batalla, nos hemos apostado espalda con espalda para defender nuestras vidas. Su ilusión es la mía; por la que luchó, por la que he dado sepultura a muchos compatriotas. Tú hablas de nosotros como arrendatarios, pero la sangre no se recoge en un ánfora para devolverla a Roma, la sangre vertida, vertida queda: regalada para tu causa.

FLAURO.— Que también fue la vuestra, la que os animó a unirnos al que ahora llamáis fracasado. ¿O acaso no fue la ventaja la que os atrajo hasta él? Los ecos del Sertorio triunfador en la Hispania llegaron como brisa fresca a una Roma macilenta y peligrosa, y en vuestros oídos sonaron redobles de vida y gloria, ésos que

Roma os negaba. Ésa y no otra fue la razón que os trajo a mi tierra.

PERPENNA.— Hablas con vehemencia.

FLAURO.— De presagiar la debacle, que nos encierra, no hubierais cruzado la Galia. Y vuestra sangre, esa que dices regalada, sólo hubiera servido para teñir un rincón de Roma.

PERPENNA.— Ya veo de qué lado te postulas.

FLAURO.— Sertorio, aun desesperado, nos es necesario. (*Pausa.*) Perpenna, mi causa no es la vuestra, pero todos necesitamos del otro para avanzar en este tiempo difícil.

PERPENNA.— No te necesito, Flauro, pero, aunque no lo creas, te envidio. Quisiera que los dioses me hubieran dotado de la sensatez necesaria para anteponer mi orgullo a mis sentimientos, pero no ha sido así. Si pudiera retroceder en el tiempo, me ocultaría en un rincón de mi bodega, o dónde mis criados guardan el heno en las caballerizas, con tal de permanecer allí, agazapado y en silencio, mudo y humillado, pero en Roma. Sin embargo, la jactancia me ha traído a defender un territorio que no es mío y jamás lo será, porque no lo quiero, porque lo odio, y me veo defendiendo intereses que en nada me benefician. Sertorio, ése al que tú llamas cabecilla, sufre las mismas zozobras que yo, pero su tremendo orgullo le impiden reconocerlo.

FLAURO.— Vuelve a Roma, Perpenna. Volved todos. La recién proclamada Lex Plautia os amnistía, os exonera de vuestra rebeldía.

TARQUITIO.— ¿Qué sencillo ves nuestro regreso, que fácil para quien no tiene orgullo?

ANTONIO.— ¿Y nuestra dignidad?

FLAURO.— Dignidad. ¿Ése es el escollo? Vuestro jefe, Perpenna, me habla de confundirse con el heno en sus establos, ¿y vosotros anteponéis la honra al regreso a vuestra casa? Me confunden esas inquietudes, pero no tanto como a vosotros. Nada tiene Roma que os impida regresar, nada que no se pueda soportar agachando levemente la cabeza y sufriendo las burlas de sus nobles. (*Con decisión.*) Es Quinto Sertorio el que os reduce a vuestra situación, quien os confina con su sola presencia, pues el valor de vosotros no alcanza a superar el suyo. Sertorio es ahora esclavo de su fracaso y vosotros esclavos de él.

PERPENNA.— (*Pausa.*) Me sorprende, Flauro, tu afán por ofendernos.

FLAURO.— Yo no ofendo a nadie. No está en mi ánimo hacerlo. Me conocéis: más me reconforta la miel que la hiel en mis relaciones, y, lo quiera o no, estoy obligado a vosotros. No es humillar mostrar la evidencia, y al hacerlo busco delatar nuestras mutuas necesidades, que ahora, cuando la estrella nos es adversa, deben unirse más que nunca; y es Sertorio el llamado a hacer de clave.

GRAECIANO.— Bien te reafirmas en tu postura concediendo a Sertorio tu apoyo, y te ofreces como azófar para restañar las grietas entre todos, pero nos sobrevuela la derrota, y no es cosa que debamos pasar por alto: está ahí y crece a la vez que menguan nuestras esperanzas.

TARQUITIO.— Es claro que ves más allá que nosotros cuando apuestas decidido por el diálogo. ¿O escondes hechos que lo favorecerían?

FLAURO.— Nada oculto. Mi temor y desconfianza van a la par vuestra y me expongo como vosotros.

TARQUITIO.— Eres su favorito.

FLAURO.— En este último tiempo las predilecciones de Sertorio se mudan con facilidad, dadas más al capricho que a la necesidad. Basta un mal gesto para pasar de favorito a repudiado.

GRAECIANO.— ¿Qué propones entonces, Flauro?

ANTONIO.— ¿Por qué le preguntas a él?

GRAECIANO.— Otorguémosle ese favor. No menospreciemos su opinión. Sus palabras no se apartan de la verdad, mientras nosotros nos perdemos en lamentaciones que a nada conducen.

FLAURO.— Lo que menos deseo es que nuestras discrepancias nos lleven a luchas internas, que sólo agravarían la situación. Sertorio contempla cómo el imperio que levantó, tras ocho años, se le derrumba en diferentes flancos; no asimila una derrota cuando se le informa de otra. Esa desesperación lo ha llevado a cometer el acto más atroz que el pueblo lusitano pudiera soportar; Osca no lo olvidará jamás, pero tampoco olvidaremos que fuimos nosotros quienes, en Mons Belleia, le suplicamos que acaudillara a nuestro pueblo, y él aceptó. Dio forma de verdadero ejército a un puñado de indígenas, cuya única estrategia era el valor ciego. El pastor de cabras, adiestrado por él, se convirtió en el soldado que derrotó a Cayo Aurelio, a Metelo Pío y al mismísimo Pompeyo acompañado del mayor ejército que jamás pisara esta tierra parda de Hispania.

PERPENNA.— Sólo nos hablas de recuerdos.

FLAURO.— Nada, sino los recuerdos, forjan el presente, y éste nos muestra a un líder roto, pero no vencido; al que gran parte de nosotros juramos *la devotio* y estamos dispuestos a cumplir, Tal vez por ver en él a un nuevo Viriato: la única esperanza de libertad. (*Pausa.*) Mi pueblo lo necesita.

ANTONIO.— Hablas de ti, pero, ¿y nosotros?

FLAURO.— Vosotros más. (*Pausa.*) Mi pueblo, aunque receloso, le sigue: un gesto suyo es, aún, una orden irrecusable. La estrategia de la corza blanca, premonitoria de laureles y ganancias, prendió tanto en mi tierra que le otorgan el poder de un dios; lo veneran y por eso han soportado su última aberración sin rebelarse. (*Pausa.*) Para vosotros es el único escudo que os protege del odio que habéis ido amasando en Roma.

ANTONIO.— Mide tus palabras, Flauro, pues tu vehemencia no me agrada.

PERPENNA.— Deja que diga.

FLAURO.— Roma está haziada de vuestra insurrección, pero, sobre todo, de la merma que supone para las arcas el constante envío de tropas a una causa molesta, que jamás debió de prolongarse. Vuestro imperio restó importancia a los primeros brotes insurrectos, y envió al elegante Cayo Aurelio Cotta para que aplastara a un puñado de campesinos encabezados por un desertor..., pero fracasó, fracasó estrepitosamente. Desde entonces han pasado ocho años. (*Pausa. Reflexivo.*) Ocho años, los mismos que Viriato contuvo vuestra invasión. (*Pausa.*) Roma no consiente más demora, y ahora, su precipitación es la vuestra; ellos por sofocarnos y vosotros por manteneros vivos.

ANTONIO.— Declara con franqueza.

FLAURO.— Conozco que os apoderasteis de escritos que el mismo Sertorio redactó a través de años, que comprometen gravemente a nobles optimates y populares. Estáis convencidos que esos legajos en manos de Pompeyo lo librarán de molestos obstáculos para alcanzar su ansiado senado, y a cambio os ofrecerá un regreso franco a Roma.

TARQUITIO.— ¿Quién te advirtió de ello?

FLAURO.— El miedo y el rencor hacen locuaces a los hombres. (*Pausa.*) Pero la misericordia de Pompeyo es dura como el pederual y exigirá más alto precio. No le bastará con inquisitorias acusaciones y testimonios quizá cargados de ambigüedades; para el trueque exigirá lo más definitivo.

ANTONIO.— ¿Hablas de traición?

FLAURO.— (*Calmado y seguro.*) Antonio, la franqueza guían mis palabras. Respóndeme tú, respondedme todos con la misma franqueza. Sé, como saben todos, que el fallido intento de eliminar a Sertorio, el pasado invierno, acabó con la muerte de siete compatriotas vuestros. Sé, y sólo yo, que vosotros mismos os apresurasteis en la ejecución para sellar sus bocas por temor a ser delatados.

ANTONIO.— ¿Cómo sabes todo eso?

FLAURO.— No es esa la aclaración que precisas.

ANTONIO.— Di, entonces, cuál es.

FLAURO.— El por qué seguís vivos.

TARQUITIO.— (*Pausa.*) ¿Nos amenazas?

FLAURO.— ¿Me creéis tan insensato para hacerlo aquí, en número tan desigual? No, ni me guía el chantaje. Es más, os concedo el mismo favor que otorgo a Sertorio, pues la necesidad hace buscar al hombre caminos desleales. ¿Qué hubiera reportado vuestra muerte? Ningún beneficio daba, ni a vuestros compatriotas, relegados ya al ostracismo, ni a la Lusitania perdiendo tan gran apoyo. Yo no deseo la venganza. Entiendo que en estos tiempos de debacle la conmiseración reporta más que el egoísmo: y eso busco. Como veis, no puede haber más sinceridad en mis palabras. Mi deseo sólo es prolongar nuestra unión y que el beneficio sea mutuo. (*Pausa.*) Si me otorgáis el favor hablaré con Sertorio; de manera calma, pero firme, le expondré las inquietudes que nos duelen. Decid si aceptáis mi oferta.

GRAECIANO.— No me opongo.

TARQUITIO.— Igual digo.

FLAURO.— ¿Antonio?

ANTONIO.— Sólo los dioses conocen cuanto me cuesta este gesto, pero no puedo rechazarla, pues estamos en tus manos.

FLAURO.— Te ruego, Perpenna, que me acompañes tú también.

PERPENNA.— Das por supuesto que acepto tu propósito. Lo que me hace entender que confías en mí. (*Pausa.*) Eres valiente, Flauro, encabezando la embajada para exponer al imprevisible Sertorio nuestras cuitas. Tu juventud engaña: debías mostrarte inquieto e impulsivo y eres frío y previsor. Añado estos valores a mi envidia; también los hubiera deseado míos cuando joven. Iré contigo, a la par.

ANTONIO.— ¿Así lo ves, Perpenna?

PERPENNA.— ¿A qué ese recelo, Antonio? ¿Ves en Flauro engaño? Yo no. Conoció nuestra fracasada trama de acabar con Sertorio y calló. Ahora me ofrece su mano para dialogar con él. Qué mayor prueba de lealtad. (*A Flauro.*) Te otorgo la mía y como acuerdo te estrecho en mis brazos. (*Perpenna besa y abraza a un sorprendido Flauro. Estrechándolo lo apuñala repetidas veces por la espalda.*)

FLAURO.— (*Malherido. Separándose de Perpenna.*) ¡Qué rabia te ha llevado a esto! (*Pausa. Mira su sangre brotar, e intenta inútilmente taponar la herida.*) Veis, mi sangre me deja; no logro restañar con éxito la herida. Mirad, no lo logro..., no acierta mi mano trémula a evitarlo y mis hilos de vida escapan inquietos, indolentes... (*Pausa.*) He sufrido heridas en batalla, algunas, endiabladas y tozudas, querían cortar esa sutil hebra que me ataban a la vida, y al alzar la mirada contemplaba siempre a otro hombre cuyo miedo y arrojo eran parejos a los míos, ¿pero ahora qué me ofrecéis vosotros?, testigos impávidos de mi muerte.

PERPENNA.— Te ofrezco mi verdad, para que te acompañe en tu viatico y ni siquiera allí dudes de mi decisión. No suplicaré ante nadie mi retorno a Roma, ni me arrodillaré quejumbroso suplicando por mi vida, no lo haré. Ni consentiré una Hispania libre fuera del yugo romano. (*Pausa. Se aproxima a Flauro.*) Flauro, hispano, mis ansias no son otras que el poder. Es lo que exijo y lo que tendré. (*Lo apuñala por dos veces.*)

FLAURO.— (*Moribundo.*) ¡Oh, dioses! Qué ingrato fin para mis días. (*A Perpenna.*) ¿Qué harás con mi muerte, qué pátina añadirás a ella para que te beneficie? (*Flauro muere.*)

GRAECIANO.— Perpenna, ¿era necesario darle muerte?

PERPENNA.— Así es.

TARQUITIO.— (*Nervioso.*) Yo vi, y creo que todos, sinceridad en su discurso. Quizá hayamos malgastado la última oportunidad de atraer a Sertorio a nuestra causa.

PERPENNA.— ¡Nuestra causa es la nuestra! (*Pausa.*) En ella no tenía cabida este indígena rebelde y protegido, que de antemano nos otorgaba el estigma de cobardes. El infeliz nos creía sin pretensiones; nos colocaba a su altura. (*A Tarquitio.*) Tarquitio, me desconcierta tu favor rápido hacia Flauro. ¡Por los dioses, no te dejes embaucar por sus palabras! Has visto en él de pronto valores que no tenía. Sus lazos están con Sertorio, pues creyó ver en él al libertador de su pueblo. Es a él al que se debía, del que se beneficiaba.

ANTONIO.— (*A Tarquitio.*) ¿Acaso lo dudas?

TARQUITIO.— Ahora me hacéis vacilar. Todo esto me sobrepasa. Mi espíritu, ya de por sí quebradizo, se tambalea al albergar nuevas inquietudes tan ingratas.

ANTONIO.— Sobreponete, Tarquitio, tus temores juveniles no son ahora aconsejable.

TARQUITIO.— No es mi intención hacerlo, pero mentiría si dijese que no di por sinceras las palabras de Flauro.

PERPENNA.— Deja de insistir en tu queja. ¿Hubieras dudado, entonces, de que nos traicionaría? ¿Qué mayor favor obtendría del tuerto que confesándole nuestras conjuras?

TARQUITIO.— No, no lo niego.

PERPENNA.— ¿Y qué hubieras esperado de Sertorio: complacencia? Hubiéramos sido reprimidos con la misma dureza que los desgraciados de Osca.

TARQUITIO.— Perpenna, quiero reafirmarme en mi adhesión a tu causa, pero conozco mi valor: es quebradizo como la escarcha, y temo no poder sostener la mirada de Sertorio sin delatarme, pues ya soporto esa angustia desde el frustrado atentado contra él.

PERPENNA.— No puedo ofrecerte respuesta para esa duda, ya que está en tu espíritu, pero vigila tus defectos y añade madurez a tu débil juventud si quieres sobrevivir (*Pausa. Con determinación.*) Tarquicio, todos, despertemos de cualquier sueño que nos confunda. Nuestra realidad no ha cambiado. No es el ingenuo Flauro el que nos impide avanzar: es ese furioso y enloquecido Sertorio el que coarta nuestros anhelos.

GRAECIANO.— ¿Y qué propones? Pues, al igual que a Tarquicio, las dudas y sobre todo el temor me piden prudencia.

PERPENNA.— A poco aspiráis si la muerte de un insignificante hispano os atemoriza. En mi propuesta, no hay lugar para la inquietud y el recelo, sino para el arrojo y la determinación. Los tiempos se precipitan, y nuestras opciones pasan por alcanzar el poder, y sólo atentando contra Sertorio lo lograremos. Ahora es el momento, debilitado moralmente y sin apenas apoyos, será presa fácil. Demos muerte a ese falso caudillo y seamos nosotros los que guiemos el destino de Hispania.

GRAECIANO.— Perpenna, envidio tu decisión, pero ¿qué destino nos espera? Pompeyo y Metelo nos tienen al alcance de la mano y nuestras tropas se afanan más por desertar que por luchar por una causa agotada.

PERPENNA.— Nuestras tropas se rigen por la molicie de su general, defraudados en sus aspiraciones y desatendidos en sus retribuciones. Sertorio malgasta en caprichos el salario de sus soldados. Se prodiga en la bebida y la apatía, descuidando las obligaciones de su cargo. Los soldados le temen por sus represalias injustas y sus castigos fieros y desproporcionados. Es imprevisible en sus órdenes, cayendo en errores fatales que merman nuestras fuerzas y conducen a las tropas a fatales emboscadas. (*Pausa.*) ¿Qué entrega tendrías tú en ese abandono? ¿Expondrías tu vida por quien te menosprecia? (*Pausa.*) El hispano se modela con facilidad. Aquí tienes a Flauro; bien poco necesitó el tuerto para hacerlo suyo hasta la muerte. Ofrecámosle a la tropa nuevas inquietudes y obtendremos su favor. La esperanza se mudará en arroyo, y estaremos a tiempo de impedir que Pompeyo y Metelo unan sus fuerzas. Después el invierno será nuestro aliado; podremos reorganizarnos y la confianza hará retornar al desertor antes de encontrarse en tierra de nadie.

GRAECIANO.— Quiero creerte, pero Sertorio, además de a Flauro, ha situado a Cáciro y a Culcas al frente de sus tropas. Su adhesión es inquebrantable y no serán fáciles de convencer.

PERPENNA.— ¿Quién ha hablado de convencer? ¿Crees que Flauro hubiera aceptado mi proposición? (*Pausa.*) Graeciano, te hablo a ti, os hablo a todos como romanos. Descartemos cualquier alianza con los hispanos, basta ya de mezclarnos con ellos. Tomemos el lugar que, por jerarquía, nos pertenece y desde ahí obremos. (*Señalando a Flauro.*) Junto a Sertorio caerán sus apoyos; no escucharé suplicas ni me mudará la piedad; tendrán el fin que éste ha tenido; no daré pie a insurrecciones.

TARQUITIO.— Pero la muerte de Flauro alertará a Sertorio.

PERPENNA.— No, si la ignora. (*Mirando a Flauro.*) Odio a este joven, lo he odiado siempre. Esa empalagosa aura de sinceridad me ha hecho detestarlo cada día más; siempre deseé acabar con su vida y ya lo he hecho. (*Pausa.*) Ocultemos su cadáver hasta concebir nuevas estrategias.

ANTONIO.— Graeciano, tú y Tarquitio llevad el cuerpo a mi bodega. Al salir asegurad bien las puertas para evitar que algún sirviente entre. Yo me ocuparé de echar arena sobre esta sangre derramada; toda cautela es poca en desenlaces como estos.

PERPENNA.— Espera, no la malgastes. (*Desgarra un trozo de sus vestiduras.*) Deja que la empape con un jirón de mis ropas. Tal vez así Flauro nos será útil después de muerto.

ESCENA VI.- LOS LAMENTOS. (Coro.)

Representación coreográfica de la muerte de Cáciro y Culcas a manos de Antonio, Perpenna, Tarquitio y Graeciano.

ESCENA VII.- EL DESALIENTO. (Coro, Druida, Sertorio y Deva.)

(Entra Sertorio. Se detiene al llegar a prosenio. Mira el horizonte. Deva entra después.)

DEVA.— Hay algo más que ese horizonte en el que has acostumbrado a perder tu mirada: donde nada hay ni habrá. (*Pausa.*) Miras al infinito por no cerrar los ojos. ¿Qué te impide prestar atención a lo obligado y atender tu labor como baluarte de este pue-

blo, que aún te sigue? Dejas escapar entre la molicie las mermadas esperanzas que mantienes, y siembras todavía más dudas en tus tropas. Sertorio, ese hilo que demedia la tierra del cielo no te dará respuesta, sino desánimo.

SERTORIO.— Calla.

DEVA.— La esperanza se pierde con la vida: son palabras tuyas que lanzabas a los corazones ilusionados de tus soldados, que henchían sus pechos de orgullo al verte indestructible, casi eterno: un dios.

SERTORIO.— Calla, Deva.

DEVA.— Escoge otro horizonte más cercano y prueba a reconquistar otra vez los sentimientos de los que jamás te olvidaron; tan sólo esperan un gesto tuyo para ofrecerse otra vez.

SERTORIO.— No, no. No habrá nuevas ofertas por mi parte.

DEVA.— Te alejas de tus principios. De esos que te llevaron a acaudillar Hispania, a ofrecernos renovadas esperanzas, a ahogar los fracasos pasados. (*Se acerca y lo acaricia.*) ¡Ah! Hombre mío, mi señor. Refleja tu angustia en el estanque de mi alma lusitana y deja que mi amor cree ondas que la envuelvan y la ahoguen, pues, al igual que tus soldados, yo, sin reparos, daría mi vida por ti. (*Pausa.*) Pero, no es éste tu lugar. Ahora, más que nunca necesitan notar tu presencia. (*Pausa.*) ¿No lo harás?

SERTORIO.— No.

DEVA.— Tal vez debas...

SERTORIO.— ¡No, he dicho!

DEVA.— ¡Has de regresar!

SERTORIO.— ¡No lo haré!

DEVA.— ¿Crees justificable que un general abandone a sus tropas en lo más incierto de la contienda? ¿Qué les motivará, con las falcatas blandidas, a ofrecer sus vidas? Les eres tan necesario como el agua y la sal. Tu abandono...

SERTORIO.— (*Interrumpiéndola.*) ¿Mi abandono?

DEVA.— Sí, pues no se puede nombrar de otra manera, les hará imitarte. El arrogo obligado dará paso a la prudencia, cuando no a la cobardía, y tendrán siempre el ejemplo de su degenerado caudillo como excusa. Remédialo, Sertorio, y regresa a tu puesto. No ensucies esos ideales que forjaron tu poder, no enturbies tu leyenda con cobardía.

SERTORIO.— ¿Cobardía?

DEVA.— ¿Podrás nombrarlo de otro modo? (*Pausa.*) ¿Qué ha sucedido, Sertorio, que te ha hecho volver a Osca tan sólo a un mes de tu partida, cuando me anunciabas estar ausente hasta la llegada del invierno? Sólo pasan dos jornadas desde tu regreso, pero me bastan para notar tu inquietud. Te reservas en tus estancias, y todo son excusas para no abandonarlas; tan sólo esta atalaya te hace ver el sol. Desde tu llegada tu escolta se comporta con un celo desmedido y sólo concede paso a tus más allegados. Tu carácter arrojado se para en meditaciones y el silencio es la réplica preferida a mis preguntas.

SERTORIO.— (*Con la mirada perdida.*) Flauro ha muerto.

DEVA.— ¿Qué?

SERTORIO.— Junto a mi tienda, el día antes de mi regreso.

DEVA.— ¡Por los dioses! Flauro.

SERTORIO.— No te lamentes.

DEVA.— Pobre amigo. ¿Qué ocurrió?

SERTORIO.— Fue Perpenna quien le dio muerte.

DEVA.— ¡Oh! Odioso romano, siempre albergué hacia él la desconfianza de un hombre deshonesto.

SERTORIO.— No precipites tus acusaciones ni quieras mantener valores de amistad y entrega para quien no los tuvo. Desdeña esos sentimientos pues sólo fueron apariencia. Perpenna, al que llamas deshonesto, salvó mi vida.

DEVA.— ¿Entonces, me hablas de Flauro como un conjurado, como un conspirador que intentó acabar con tu vida? Sólo la fe que le concedo a tu palabra me hacen creerte, aunque no puedo ocultar mi asombro; me cuesta ver a Flauro traicionándote. ¿Qué sucedió?

SERTORIO.— (*Pausa.*) Era noche cerrada, yo, esa misma tarde, había abandonado el campamento, requerido por Graeciano, para revisar los pasos del río, y mi retorno fue a la mañana. Esa ausencia salvó mi vida. (*Pausa.*) Perpenna regresaba del bastimento. Ruidos sospechosos junto a mi tienda le alertaron, y sin dilación alguna se acercó. Flauro, Cáciro y Culcas, de entre las sombras, lo redujeron por la espalda.

DEVA.— ¿Cáciro y Culcas traidores también?

SERTORIO.— Flauro, como cabecilla, susurró al oído de Perpenna la razón que justificaba el hecho: el pueblo hispano no dejará sin castigo la matanza de sus hijos. Y tapándole la boca para evitar la alerta, le apuñaló por una vez en la espalda. Perpenna cayó malherido, pero con vida, y los tres traidores irrumpieron con violencia en mi tienda para asesinar-me. Mi suerte fue estar ausente. Este hecho trastocó sus planes y la frustración se adueñó de ellos. Nerviosos, viendo su ajusticiamiento irremediable, buscaron desesperados la huida. Perpenna ligeramente recuperado, en un acto de valor, mató a la salida de mi tienda a Culcas. Flauro, también perturbado, no acierta a defenderse y sucumbe a los embates de Perpenna. Cáciro, aterrado, huye, pero, apuntando el alba, fue alcanzado, dándose muerte con su propia espada.

DEVA.— ¡Por los dioses! ¿Quién te narró los hechos?

SERTORIO.— El mismo Perpenna, convaleciente aún, me lo contó.

DEVA.— Me cuesta creer tal infamia de los que te prestaron su apoyo más fiel. ¿Crees a Perpenna?

SERTORIO.— Los soldados de guardia, alertados después por él, dieron fe de lo ocurrido. El mismo Antonio, fue quien persiguió a Cáciro, con el afán de presentarlo ante mí, para que relatar la felonía, pero el cobarde prefirió darse muerte que enfrentarse como buen soldado a su destino. El joven Tarquitio, presente junto a los guardias no se aleja del relato.

DEVA.— (*Sin dar crédito.*) Cáciro, Culcas... Flauro. De nadie has tenido más pruebas de lealtad.

SERTORIO.— La lealtad, en estos tiempos, es tan efímera como el humo.

DEVA.— Cáciro, aquí mismo, hace tan sólo unos meses, te renovaba su apoyo a pesar de los desencuentros con su padre. Quiso decírtelo a la cara: los ambages nunca fueron con su persona. Culcas, su alma gemela, bendecía la tierra que pisaba Cáciro, pero no hubiera consentido la traición.

SERTORIO.— Eso quise entender yo.

DEVA.— Y Flauro. (*Pausa.*) Me niego a atribuirle la conjura. Mi mente rechaza manchar de tal deshonra al que no hubiera dudado en ser broquel ante tu pecho.

SERTORIO.— Pero los hechos lo demuestran.

DEVA.— Has compartido intimidades que yo misma desconozco. Tras la muerte de Hirtuleyo, Flauro se convirtió en tu hombre de confianza. No tomabas decisiones sin someterlas a su juicio, dabas prioridad a sus consejos por su mesura y sensatez. Nadie fue tan leal y entregado a tu causa, y no dejó pasar oportunidad para reafirmarse.

SERTORIO.— Lo sé, mujer.

DEVA.— ¿Entonces por qué no detecto un resquicio de duda en tus opiniones?

SERTORIO.— ¡Porque no lo hay! (*Pausa.*) La confianza a la postre sólo me ha deparado traición. He ofrecido mi vida gentilmente en apoyo de causas legítimas y el pago fue el mismo. Primero traicionado en Roma, donde tuve que mascar mi rabia ante el perverso Sila. Y ahora, aquí, en esta incierta Hispania, donde unos míseros jefecillos me retiran sus alianzas al albur del viento que más sopla, pisoteando sus propias promesas e intentando a la postre asesinar me... (*Pausa.*) Mis heridas, y son muchas las que mar-

can mi cuerpo, han cicatrizado, pero al fraguar mi carne lo ha hecho también mi alma, que se ha cerrado a las presunciones y gestos fatuos. No quieras reconducir mi ánima hacia campos lastimeros, ni pretendas, ya, con mi vida agotada, hacer crecer en mí recuerdos engañosos, porque si de algo me he convencido es de estar solo.

DEVA.— Pero ...

SERTORIO.— (*Interrumpiendo.*) El hombre no es un perro al que azotas y te sigue; el hombre cambia de amo a conveniencia. (*Pausa.*) Flauro me hubiera matado, o Cáciro o Culcas tal vez. Pero no puedo castigar a Perpenna por salvarme la vida. Ahora, no. Su relato fue fehaciente y el dolor y lesiones eran ciertos; un vendaje ensangrentado tapaba la profunda herida que soportó por contener a los conjurados.

DEVA.— Es hábil en el engaño.

SERTORIO.— (*Decidido.*) Quizá, pero no más que los fueron Flauro, Cáciro y Culcas en mostrarme su falsa entrega. Ahora destierro las suposiciones. Mi guía es la evidencia: ésta me muestra la traición de aquellos en los que confié ciegamente y me desvela, también, la injusticia que cometí con mis compatriotas, a los que jamás debí relegar del mando de mis ejércitos. (*Pausa.*) He restituido todos sus poderes. Les he devuelto la autoridad que jamás debí mudar a un pueblo ignorante y pendenciero, que no aprecia lo que por ellos he hecho. Perpenna junto a Antonio, Tarquitio y Graeciano son ahora mis generales. Ellos sabrán contener a Pompeyo.

DEVA.— Sólo tú puedes detenerlo.

SERTORIO.— (*Violento.*) ¡Basta ya! ¡No tengo suficiente con mis dudas para que envenenes mi ánimo con las tuyas! Mi decisión está tomada y es firme. ¿Por qué he de dudar? Dame otra razón que no sea tu odio enfermizo hacia Perpenna y tu defensa a ultranza de tus compatriotas. Más te valdría callar y no ponerme a prueba: tu sangre es tan hispana como la de ellos, y nadie contempla más indefensa mi espalda que tú.

DEVA.— (*Pausa. Con frialdad.*) Esa es la causa.

SERTORIO.— ¿Qué?

DEVA.— La razón de tu retorno. (*Pausa.*) Eran ciertas mis sospechas: temes por tu vida. (*Pausa. Sertorio calla.*) En cada paño húmedo que ha limpiado tus heridas has marcado las señas de la batalla, yo, alegre por tu regreso, me limitaba a enjugar pacientemente tus llagas con bálsamo y me abstraía ante el hombre poderoso. Encerrado en la rabia y la impotencia narrabas impreciso tu derrota, o llenabas tu relato de burlas tras la victoria. Pero jamás vi temor en tu postura ni duda en tu entrega. ¿Qué ha pasado, Sertorio, para que ahora merodeen nubarrones tan grises en tu corazón y huyas agitado de tus principios? (*Se le aproxima. Decidida.*) ¡Oh! ¡Hombre mío! Regresa a la batalla. Retoma para tu meta la lucha y el peligro; heraldos fieles en tu camino, y goza de la muerte si es tu sino o de la gloria si así lo marcan los dioses. Pero reta a esos fantasmas que cambian tu carácter y te convierten en un fardo vano que ve acechos donde sólo hay sombras.

SERTORIO.— ¡Ahondas en mi desdicha sin pudor!

DEVA.— Deshazte de ella, pues estás a tiempo.

SERTORIO.— (*Irritado.*) ¿Pero no comprendes que no me queda nada?

DEVA.— Te queda tu vida.

SERTORIO.— ¿Qué vida? ¿La que no deseo? ¿Ésta que soporto desahuciado, sobreviviendo en una patria que no es la mía? Roma ha puesto precio a mi cabeza, me ha declarado enemigo público, mientras, para el resto de mis compatriotas, abre sus puertas y perdona. ¡Perdona a todos, excepto a mí! (*Pausa.*) Y aquí, los hispanos se confabulan, esperan acechantes mi descuido para buscar la emboscada y darme muerte.

DEVA.— Tú te has labrado ese odio. ¿Cómo esperas que reaccione un pueblo al que castigas con el dolor más preciso, más ennegrecido y perdurable? La sangre de sus hijos derramada por ti, en esta Osca, les pide venganza y satisfacción. ¿Qué puedes esperar?

SERTORIO.— ¡Lo sé, por lo dioses! ¡Sé que este miedo marca mis días! (*Pausa.*) ¡En las noches, la atrocidad de mi crimen, los rostros indefensos de esos niños, se me aparecen desafiándome, borrando todo rastro de mi antiguo valor y cordura! Daría mi brazo por poder redimir lo que hice, por alzar otra vez esos cuerpos y verlos plácidos como fueron. ¡Maldigo diez y cien veces mi error, pero no puedo reconstruir sus vidas ni mitigar su dolor! (*Pausa.*) ¡Mírame! (*Va hacia Deva, la agarra por los brazos y la mira de frente.*) ¡Mírame! Dime tú, cuya sangre pareja a la de ellos corre por tus venas. ¿Qué me queda sino la resignación y el miedo?

DEVA.— El valor. (*Pausa.*) Retorna a la batalla. Blande tu espada en la vanguardia y muéstrate como el general que jamás perdieron. Ofréceles tu entrega y deja que ellos conviertan su resentimiento en renovado respeto. Vuelve a guiar a tu pueblo. (*Pausa.*) Hispania es una tierra sufrida, ha dado muestras de soportar a un tirano, pero jamás a un cobarde.

SERTORIO.— (*La rabia comienza a dominarlo.*) ¿Valor? ¿Valor para qué? ¿Para ser apuñalado por la espalda, para ser abandonado en el campo de batalla y servir de bocado a alimañas sin sepultura ni recuerdo? (*Pausa. Con desprecio.*) Vas a la par de ellos; esta tierra hispana os bruñe de la misma manera. No es el filo del acero el que tú me clavas, pero tus palabras me hieren igual. Esperaba templanza y apoyo en tu discurso y no desapego y frialdad (*Pausa.*) ¿Crees que es el pago que merece el amparo que te ofrezco y disfrutas? ¿Desagradecida hispana! ¡No necesito que nadie remueva mi conciencia, y menos tú! Más te valdría ser prudente y no hostigarme más. (*Deva inicia la salida.*) ¡Detente!

DEVA.— (*Se detiene.*) ¿Por qué?

SERTORIO.— ¡Porque así lo digo! Mantén el bozal en los ímpetus de tu orgullo ante mí. No adelantes tus virtudes a lo que eres, a lo que realmente eres: una mujer hispana y no más.

DEVA.— ¿Puedo irme ya?

SERTORIO.— No. (*Se acerca a ella.*) No olvides jamás quién soy, aunque a veces mi trato te sea amable y mis caricias te lo hagan olvidar, porque yo no lo haré. (*Pausa.*)

(*Deva se detiene en el fondo y Sertorio toma una copa y avanza en solitario. El Coro toma vida y lo cerca. Sonidos mortecinos ocupan la escena. De entre ellos avanza el Druida.*)

DRUIDA.— Amargo sabor el del miedo.

CORO.— Amargo, amargo...

SERTORIO.— ¿Otra vez tú? De entre sombras sales y con ellas vives.

DRUIDA.— Y resisto prudente a mi destino.

CORO.— Destino..., el nuestro...

DRUIDA.— Y quiero, siempre, atarme a él.

SERTORIO.— ¿Qué queja me das ahora?

DRUIDA.— Ninguna, que ya no sepas.

SERTORIO.— ¿Entonces a qué llegáis otra vez? Bien comprobé que mi espada nada puede entre sombras nefandas. Por tanto, mi vida está en vuestras manos. ¿Es eso, o sólo mi tormento perseguís?

DRUIDA.— Sertorio, hijo de Rhea, nada temas de nosotros. Tu vida está marcada por el destino que impusieron los dioses y no es el tormento nuestro oficio ahora, sino la alerta.

SERTORIO.— ¿A qué me enfrento?

CORO.— Aquí llega. (*Se repite como un eco.*)

SERTORIO.— ¿Quién es?

CORO.— A tu diestra, de entre las sombras. De entre las sombras...

(*El coro se repliega.*)

ESCENA VIII.- LA CONJURA. (Coro, Sertorio, Deva, Antonio, Perpenna, Graeciano y Tarquitio.)

ANTONIO.— (*Entrando. Exultante.*) Muda tu rostro a la alegría y ocupa tu mano con la copa rebosante en vino, pues mis nuevas te serán gratas y harán renacer en ti gestos, que, por ser alegres, se olvidaron. Llena tu copa Sertorio, llénala, para no perder tiempo en destapar la noticia que retengo en mi pecho y te quiero participar.

SERTORIO.— Antonio, ¿Qué me ofreces que tan admirado te muestras y tan ciegamente crees que mudará mi ánimo?

ANTONIO.— Lo más ansiado, lo más grato. Lo esperado por todos: la victoria.

SERTORIO.— Detén tu arrebató, y confírmame con calma los hechos.

ANTONIO.— Tras tu regreso a Osca, Pompeyo fue alertado de tu ausencia y aguardó taimado para lanzar lo que el pretendía iba a ser nuestro final. Imitando las estrategias de Metelo, apostó arqueros en los flancos, ocultos tras las retamas secas coronando la cima rocosa del desfiladero, y desplegó en el valle un débil ejército de no más de dos manípulos como carnaza fácil. ¡Oh, por todos los dioses! Nos ofrecía el cebo tan flagrante que a poco caemos en la trampa. Pero, aquel amanecer la Fortuna nos saludó a modo de destello, pues la torpeza de un lancero hizo que el brillante sol, reflejado sobre su escudo, nos alertara de su presencia. (*Alborozado.*) Es mi promesa, Sertorio, que adoraré al astro que nos alumbra con la misma fe que a Júpiter.

SERTORIO.— Mantén tu promesa con el vigor que quieras, pero ataja tu relato.

ANTONIO.— Entonces, Perpenna, aún mermado por su herida, mudó de manera rápida las posiciones de nuestra retaguardia, y encabezó con habilidad y sorpresa una acción que perdurará en nuestro recuerdo y en la historia, pues por su decisión y estrategia limitó la movilidad de nuestro enemigo. Al verse cercado, Pompeyo, detuvo sus manípulos y... ¡Oh dioses! Éste fue su fin. Desordenado y sin poder retroceder intentó abrirse paso por la garganta del río creyendo ver allí nuestra flaqueza, pero Perpenna lo había previsto y cerro con firmeza el collado. Sorprendidos y con sus huestes divididas, el temor se adueñó de ellos, buscando más la huida que el enfrentamiento. (*Gozoso.*) Los aplastamos sin remisión. Algunos, por entre los riscos, lograron llegar a la ciudad, ocultándose en ella, otros se escabulleron por la alameda que bordea el río, pero los más, ante su fatal destino, optaron por la rendición.

SERTORIO.— ¿Y Pompeyo?

PERPENNA.— (*Entrando junto con Graeciano. Un vendaje ensangrentado destaca su herida en el costado. Besa a Sertorio.*) Sólo la Fortuna evitó su muerte. Tres bárbaros libios tumbaron su caballo cuando el jovenzuelo, temeroso de su vida, lo espoléó para salir de la emboscada, pero los muy necios, enzarzados en apoderarse de las guarniciones de oro que adornaban al animal, lo dejaron escapar.

SERTORIO.— La Fortuna es caprichosa.

PERPENNA.— Luego lo vi, a lo lejos, por la ribera, cauce abajo perderse en lo agreste de la maleza.

SERTORIO.— ¿No lo seguisteis?

PERPENNA.— Ordené hacerlo, y con insistencia, pero los enviados fracasaron en su intento.

SERTORIO.— Debiste insistir.

PERPENNA.— La tropa estaba ansiosa por festejar la victoria, hacía meses que la gloria no nos bendecía de manera tan grata. A pesar de ello otro destacamento partió, pero no tuvo éxito.

SERTORIO.— ¡Ese malcriado tiene un pacto con las Parcas! ¡Qué hubiera dado por disfrutar frente a él de su fracaso!

ANTONIO.— Descuida, Sertorio, de tu preocupación, pues su cobardía y derrota alcanzarán la fama por toda Hispania, y alegrará los oídos de muchos en Roma. Acaso ahora no sean tan complacientes para entregarles sus legiones.

PERPENNA.— Y sobre todo, volverán a ver nuestro poder en la cumbre. Roma sabrá que sus más avezadas legiones son incapaces de abrir brecha en esta curtida piel de toro. Metelo esperaba confiado el avance de Pompeyo para unirse a él y así estrangularnos. Pero esta gloriosa victoria lo asfixia en su reducto. Vistas nuestra fuerza rehuirá el norte como al aceite hirviendo, y al sur lo limita el mar, donde nunca se atreverá por la enemistad que Roma se ha labrado con los piratas Cilicios.

ANTONIO.— Es nuestro momento, con Calagurris recuperada nos haremos fuertes en el norte. Metelo, incomunicado, perderá los apoyos de aquellos desertores Vetones y Lusitanos, que por ventaja se le unieron. Ahora con su estrella declinada, las deserciones minarán sus huestes y sólo le quedará la rendición o la huida.

SERTORIO.— No distingas en Metelo el coraje de un soldado. La rendición conlleva valor y eso jamás formó parte de ese viejo caprichoso. Arengará a sus tropas con promesas para calmar los ánimos y aprovechará la noche para, con sigilo, abandonarlas. Eso sí, no sin antes haberse pertrechado de todas las riquezas que pudiera acaparar. (*Pausa.*) Antonio dice bien en ver este momento como el nuestro. Ojalá los dioses me hubieran dado la clarividencia mucho antes, para haberos devuelto los poderes que cegado por mi orgullo, os retiré. Pues la prueba que me ofrecéis colma cualquier expectativa y me hace arrepentirme de mis actos.

PERPENNA.— Y los nuestros no buscan tu agrado, como tampoco queremos tu arrepentimiento. El deber nos fue inculcado en Roma desde niños, a ello obedecemos y estamos obligados. No tomes tiempo en tus errores pasados e iniciemos nuevas andaduras en esta prometedora etapa que emprendemos.

SERTORIO.— No era tu intención redimirme, pero tus palabras lo han conseguido. Ya diste fe de tu arrojo, al acabar con aquellos dos traidores hispanos, que mudaron mis intenciones con gestos engañosos y mi cegara consintió. A ti, Perpenna, te debo mi vida y a vosotros Antonio y Graeciano, junto a él, la victoria que nos hará reconquistar Hispania. (*Pausa.*) ¿Y Tarquitio, qué es de él?

ANTONIO.— (*Vacilando.*) ¿Tarquitio? No ha de tardar. Todos acordamos venir aquí para darte la nueva y festejarlo contigo.

GRAECIANO.— (*Con ligera duda.*). Quedó con los soldados que festejaban la hazaña frente a las tabernas. Queramos disculpar sus actos si al llegar aquí su razón y su lengua se han alterado por el vino. (*Risas.*)

ANTONIO.— Merecido lo tiene. Merecido lo tenemos todos.

GRAECIANO.— Ahí llega Tarquitio.

TARQUITIO.— (*Entrando. Nervioso.*) No es fácil zafarse de los brazos de cien soldados cuando corre más vino que sangre en sus venas. (*A Sertorio.*) Están alborozados y en su júbilo expresan el deseo de entrega para contigo.

SERTORIO.— Bien sabéis las razones de mi ausencia y el malestar que me causa alejarme de mis tropas. En lo sucesivo, y tras esta alentadora victoria, seré el de antes y nada me resultará más grato que volver a mi puesto.

TARQUITIO.— Crecerá su alegría con tan esperado regreso y tú no dejarás de comprobar su disciplina y respeto.

SERTORIO.— Bien lo siento ahora entre vosotros, que me habéis devuelto el valor.

PERPENNA.— Brindemos pues por tan buenos augurios.

GRAECIANO.— ¡Ofrezcamos a nuestros dioses esta victoria y supliquemos amparo para nuevos triunfos!

TODOS.— ¡Que así sea! (*Todos alzan las copas y beben.*)

ANTONIO.— Dediquemos también este vino por nuestras tropas, por su bravura; hacedores como ninguno de nuestro éxito. Sacrificadas y sin esperanzas durante meses y ahora recompensadas por su empeño.

GRAECIANO.— Y regocijémonos del fracaso de nuestros enemigos. Que perdure en nosotros la visión de los cobardes escurriéndose como ratas entre la maleza para salvar su vida.

TARQUITIO.— Gocemos de nuestra victoria y sobre todo de la muerte de Pompeyo, hombre engreído que tanto afán puso en eliminarnos.

SERTORIO.— Bien muestras tu aturdimiento pues, nada más beber, has enviado a la tumba a Pompeyo.

TARQUITIO.— Sertorio, abusar del vino me turba los sentidos, pero no para olvidar su muerte.

SERTORIO.— (*Sorprendido.*) ¿Viste su cadáver?

TARQUITIO.— Con la certeza que te veo a ti.

SERTORIO.— ¿Qué?

ANTONIO.— (*Intenta atraer la atención de Sertorio.*) ¡Ahora más que nunca es el momento de ser soldado! ¡Disfrutemos como hacen ellos!

SERTORIO.— Aguarda, Antonio.

ANTONIO.— Sertorio, no es momento de aguardar nada, bebamos por nosotros y por nuestra suerte.

SERTORIO.— ¡Aguardad, he dicho! (*Un silencio tenso marca la escena.*)

PERPENNA.— ¿Qué te altera?

SERTORIO.— (*Intrigado.*) Al relatarme los hechos de la batalla pusisteis hincapié, y yo también, en conocer la suerte de Pompeyo, y quedó descrito que evitó la muerte por la avaricia de los soldados libios. ¿Y ahora Tarquitio brinda por su muerte?

PERPENNA.— El vino confunde su lengua...

SERTORIO.— Calla, Perpenna; que hable él.

TARQUITIO.— Sertorio...

PERPENNA.— Yo fui testigo de la huida de Pompeyo, de cómo vadeó el río y se adentró en la alameda.

SERTORIO.— ¿Y los demás; lo vieron?

PERPENNA.— Yo lo vi y se lo participé a ellos.

SERTORIO.— ¿A todos?

PERPENNA.— A todos menos a Tarquitio; se había rezagado y no tuve oportunidad.

SERTORIO.— ¿Entonces por qué brinda por su muerte? ¿Viste su cadáver, Tarquitio?

TARQUITIO.— (*Con temor y duda.*) Sertorio, estaba... Perpenna, ¿en verdad fue así como ocurrió? Pues, pensé que ...

PERPENNA.— (*Interrumpiendo.*) Es joven, le cuesta asimilar hecho tan relevante. Además, viene de las tabernas, no le pidas cordura ahora cuando soldados ebrios y vino han compartido sus últimas horas.

TARQUITIO.— (*Nervioso.*) Es cierto. Estoy aturdido, no puedo dar fe de mis palabras. La alegría de mis soldados me ha contagiado. Ya sabes lo que es compartir una victoria con ellos. La algarabía llena la ciudad, la soldadesca ha...

SERTORIO.— (*Tajante.*) ¡Calla!

TARQUITIO.— Ha invadido calle y plazas y...

SERTORIO.— ¡Calla he dicho!

PERPENNA.— Tarquitio tan sólo quiere...

SERTORIO.— (*Violento.*) ¡Calla tú también! ¡Callad todos! (*Sertorio hace además de escuchar.*) (*Pausa.*) No oigo nada. Hablas de algarada a las puertas de mi palacio y no la escucho.

TARQUITIO.— posiblemente han ...

PERPENNA.— (*Interrumpiendo.*) Están a tus puertas y lo saben, eso les habrá hecho ceder en sus arrebatos.

SERTORIO.— Bien conoces las desmesura de los festejos tras la victoria. Intentar amansarlos es imposible. Además ¿Por qué callar cuando, claramente opinas, que están ansiosos por participarme la victoria?

TARQUITIO.— Pero es...

PERPENNA.— (*Interrumpiendo.*) Es tu casa, la de Sertorio. Tu nombre ha resonado incesante tras la victoria, les...

SERTORIO.— (*Interrumpiendo. Decidido.*) ¿Por qué cubres sus palabras con las tuyas? ¿Temes algo?

PERPENNA.— (*Premonitorio.*) (*Pausa.*) No, no es temor lo que tengo.

SERTORIO.— (*Sospechoso.*) Veamos, entonces, cuanta tropa llena las calles. Deva, ordena a Alucio que salga y compruebe quién está a las puertas. Si son soldados déjalos pasar, pues nadie mejor que ellos para compartir este festejo con nosotros. Ve, rápido.

PERPENNA.— No, no lo hará.

SERTORIO.— (*Perplejo.*) ¿No? ¿Oigo bien lo que has dicho?

PERPENNA.— Con claridad. (*A Deva.*) Deva, detén tus pasos y mantente en tu lugar.

SERTORIO.— ¿Pero qué poder te concedes para contradecirme? ¿Te atreves a corregir mis órdenes?

TARQUITIO.— (*Mantiene el nerviosismo.*) No será necesario salir, pues ...

PERPENNA.— ¡Calla, Tarquitio! ¡Basta ya de torpezas! No tratemos de necio a quien no lo es. Por tanto, ahorrémonos más mentiras.

SERTORIO.— ¿Mentiras? ¿Qué urdes, Perpenna? Los peores augurios, desterrados hace tan sólo unos momentos, regresan a mi ánimo. Muestra clara tu postura, no andes con ambages para conmigo, pues me conoces y no soy hombre que los soporte.

PERPENNA.— Obedece entonces a tus augurios. Da pábulo a tu ira pues lo que temes es. (*Pausa.*) Calagurris no ha sido recuperada para tu causa, sus calles siguen tiznadas del hollín del sufrimiento, su herida abierta se contamina con el hambre y el fracaso. Esa ciudad, que un día ondeó tu adhesión, se debate, ahora, entre la agonía y el estrago, y soportará a duras penas los envites hasta no más de diez días, pues el valor inútil que la mantiene no durará

más. Después caerá como lo hace todo aquello que te tiene como enseña, y la muerte y las cenizas serán su nuevo paisaje. (*Pausa.*) No ha habido victoria alguna, como tampoco es de celebración nuestra visita.

SERTORIO.— ¡Por los dioses! ¡Conjurados contra mí! Debí sospecharlo. (*A Tarquitio.*) Tarquitio, ¿Tú también amparas esta vileza? ¿No te favorecí más que a nadie a tu llegada?

TARQUITIO.— Sertorio, no es mi intención...

PERPENNA.— ¡Basta, Tarquitio! Modera tus miedos y mantén tu boca cerrada, pues tu menguado valor no ha hecho sino adelantar la trama. No descubras más tu cobardía.

SERTORIO.— ¿Y tú, Graeciano, también participas? (*La respuesta es el silencio.*) A todos os acogí en vuestra deserción y otorgué mi confianza.

PERPENNA.— Que mudaste al desprecio a tu antojo; que cediste sin preámbulos a jefecillos bárbaros por capricho.

SERTORIO.— Es la envidia tu guía. Nada bueno puede brotar de alma tan ennegrecida como la tuya. Qué torpe he sido, ¿cómo he podido aceptar vuestras palabras y creer que decíais la verdad? Todo es falso.

PERPENNA.— Tan falso como tu vida. Tan falso como la sangre de este jirón que aún llevo, (*Se desprende del jirón que ciñe su costado.*) sangre que te mostré como mía, como aquella que derramé para salvar tu vida y que no es otra que la de Flauro. Aquí te la devuelvo: no me es grata. (*Arroja el trapo ensangrentado a la cara de Sertorio.*) Le di muerte, a traición, cuando me pedía, ilusionado, redimirte para la causa. (*Pausa.*) Desdichado joven, no sé qué

desvarío le hizo pensar que yo compartía el más pequeño de sus sueños, cuando el mío ya estaba forjado y no había sitio para él. Como tampoco lo había para Cáciro y Culcas, a los que arrastré desde sus lechos para, junto al río, atravesarlos con espada.

DEVA.— (*Se aproxima. Coge el trapo con sangre.*) Te perseguirán sus miradas mientras vivas.

PERPENNA.— Les vendé sus bocas para amortiguar sus gritos, y sus miradas revelaban el conocido pavor que muestran en todo hombre que conoce su destino. No fueron ni valerosos ni rebeldes, y si algo vi en sus ojos fueron lágrimas. Lágrimas hispanas como las tuyas que riegan esta tierra de nadie.

DEVA.— ¡Oh, cruel bestia que relatas sin reparo el sufrimiento! Quisiera transformar mis dedos en dagas y escoger dónde hundirlas para prolongar lo más tu dolor. (*Ataca a Perpenna.*)

PERPENNA.— (*La aparta violento y Deva cae.*) ¡No me toques!

SERTORIO.— (*Inicia el avance, pero Antonio, Graeciano y Tarquitio blanden sus armas. Se detiene.*) ¡Miserable!

PERPENNA.— (*A Deva.*) No vuelvas a tocarme si no te lo pido. Reserva esas manos para consolar a tu amo. No quiero más trato con vosotros, pues fuisteis el fracaso de nuestra causa y la ruina de Sertorio. Todo se sobrellevaba hasta que vuestra ponzoñosa baba lo atrapó y empezó a ver como enemigos a sus compatriotas, a aquellos que lo seguimos, que abandonamos Roma por él. (*A Sertorio.*) Nos apartaste de tu lado y otorgaste nuestros legítimos cargos a jóvenes inexpertos; nuestras tropas sufrieron la vejación de ser capitaneadas por estos usurpadores hispanos, por esta raza inferior criada entre el barro y la paja. (*Pausa.*) ¿Qué querías ver en ellos? ¿Qué velo cegó tus ojos para creer que formarías un pueblo,

una patria, un imperio...? (*Sonríe.*) Un imperio contra Roma... (*Pausa.*) Estos indígenas sirven como soldados de vanguardia: carne dura para soportar los primeros envites, sangre sin nobleza para mitigar el polvo que luego pisarán nuestros legionarios. (*Pausa.*) Y ellas, (*Mira a Deva.*) el descanso del guerrero; cuerpos morenos para probar con el mismo fin que las uvas o las cerezas que endulzan nuestra mesa. Para eso te ha servido ella, para aliviar tu soledad y tus noches.

SERTORIO.— (*En un descuido toma a Perpenna por detrás colocándole su espada en el cuello.*) Se acabaron tus trampas, ahora estás en mis manos. Sabes que no se doblan con facilidad, que han cercenado gargantas como la tuya con precisión, y estarán agradecidas de acabar con un traidor. (*Antonio, Tarquicio y Graeciano rodean a Sertorio.*)

PERPENNA.— Tu vida se irá con la mía, pues ellos te atravesarán nada más caer yo.

SERTORIO.— Poco conoces de mí si entiendes que el temor a la muerte retrae mi brazo. Darte muerte será suficiente goce para agradecer a los dioses un final tan deseado. Sólo lamento que tu sangre y la mía se confundan en esta tierra, se mezclen en el mismo barro.

PERPENNA.— ¿Y su sangre?

SERTORIO.— ¿Qué?

PERPENNA.— La de ella, la de esa mujer, la de Deva. (*Antonio pone su espada en el cuello de Deva.*) Yo moriré, ¿Pero querrás cargar también con su muerte?: vida inocente y simple entregada a ti. (*Pausa.*) He venido a acabar con tu vida, así lo he planeado y así lo haré, aunque la torpeza del joven Tarquicio le ha restado sor-

presa; yo arrojaría mi copa al suelo y entonces tu pecho sería atravesado por nuestras espadas, y sin dejar ninguna clavada en él, seríamos testigos de la muerte del que desafió a Roma y puso en los labios de este pueblo el sabor de una Hispania libre, independiente, con un futuro incierto pero propio. *(Pausa.) (Mirando a Deva.)* No contaba con su muerte, pero, como ves, nuestros destinos, ahora, están unidos. Ingratas trampas de la vida: perecer a par que ella. Los aceros se posan en nuestros cuellos y si muero ella me seguirá. ¿Es tu deseo, Sertorio? En tu mano está cobrarte tu odio hacia mí o sacrificarlo por ella. *(Pausa.)* Mírala. ¡Mírala! ¡Tan sumisa y castigada como su tierra! ¡Pisoteada por una historia que aún no es suya!... Débil. Su pecho se agita incierto y sus lágrimas brotan sin queja.

SERTORIO.— ¿Qué gana tu orgullo al añadir tan mísero triunfo a tu infamia?

PERPENNA.— Tu sufrimiento y mi goce. *(Pausa.) (Con calma.)* Te daré muerte, Sertorio. No te pediré clemencia, pues prefiero tu muerte a mi vida, y no escatimaré en actos si al partir llevo hasta rebosar mi odre de vileza hacia ti. Por tanto, apremia tu gesto; estoy decidido a morir y ella también si así es tu deseo, pues no se queja, tan sólo mira y espera.

SERTORIO.— ¡Calla!

PERPENNA.— No, serás tú el que habrás de acallarme. ¡Vamos, termina! ¿Qué frena ese brazo poderoso avezado en cercenar vidas? ¡Respóndeme! ¿Precisas ayuda? ¿Necesitas sumar valor al tuyo? ¡Yo te lo daré! *(Aprieta la hoja sobre su cuello. Sertorio lo impide. Un hilo de sangre brota.)* ¡Cobarde, retienes mi brazo! ¿Qué más quieres que te ofrezco mi vida, te la entrego? Atraviesa mi cuello, ello te llevará a la muerte, pero al menos lo harás con la sonrisa de la venganza en tus labios.

SERTORIO.— ¡Me obligas a...!

PERPENNA.— ¡Antonio, mata a la mujer!

SERTORIO.— ¡No, no! (*Aparta la espada del cuello de Perpenna y la deja caer. Antonio relaja el acero. Deva corre a abrazarse a Sertorio.*)

DEVA.— ¡Maldito romano, malditos todos!

PERPENNA.— (*Coge una copa.*) Has elegido bien. Éste es tu lugar y no otro. Jamás volverás a Roma. Tu cabeza tiene precio y no tienes nada con qué canjear tu vida. Nadie te espera. Nadie, nadie... (*A Antonio, Tarquitio y Graepenniano.*) Acabemos con esto. (*Flemático deja caer la copa.*) (*Sertorio es apuñalado. Deva intenta impedirlo, pero Antonio la aparta con violencia.*)

DEVA.— ¡Parad, por los dioses! (*Deva se incorpora e intenta parar las puñaladas.*) ¡No le matéis! ¡Basta! ¡Detened esta crueldad! (*Sertorio cae arrodillado. Deva lo abraza.*)

PERPENNA.— (*Va junto a Sertorio. Lentamente, casi acariciándolo, le tira del cabello hacia atrás para verle su rostro macilento. Lo besa en la mejilla.*) (*Susurrándole al oído.*) Tu destino está marcado en estos valles; en estos ríos y playas. El que tú forjaste tan lejos de tu Roma. Quedarás atrapado para siempre en esta tierra parda de Hispania. Y será aquí donde perezcas. En un instante tu sueño y tu vida quedarán en un recuerdo ingrato, vagando por estos riscos agrestes, para permanecer solo y desterrado, lejos de tu patria, de tus sueños. (*Perpenna, Tarquitio y Graeciano salen. Antonio queda junto a la mesa.*)

SERTORIO.— (*Con torpeza coge un puñado de tierra.*) (*A Deva, con voz agónica.*) ¿Qué hombre ves ahora? Ahora cuando mi áni-

ma se derrama a bartolones por mi costado, cuando no me queda tiempo para redimir nada. ¿Qué ánimo puedo darte para progresar en esta incierta tierra? ¿Y qué razón para que creas, que quizá en algún momento llegara a ser la mía? Aprieta mi mano. No dejes que al expirar se abra y la pierda, pues para mí la quiero. (*Sertorio muere. Deva, cerrándole el puño con sus manos, llora sobre su pecho. Antonio, que ha mordido una manzana, la arroja sobre escena. Se acerca a Deva, la agarra violento por el cabello y sin dilación corta su cuello. El cuerpo de la joven cae desarticulado sobre el de Sertorio. Antonio, con calma, coge el jirón empapado en la sangre de Flauro de la mano de Deva, limpia su espada y lo arroja sobre los cadáveres. Con decisión sale de escena.*)

Telón.

Septiembre, 2022

PERSPECTIVA HISTÓRICA

Quinto Sertorio nació entre el 125 y 123 a.C. en Nursia, en el país Sabino, en la tribu Quirina, la misma a la que perteneció su padre.

Huérfano de padre a los siete años, su madre, Rhea, fue de transcendental importancia en su vida. Educado por su abuelo, fue instruido, en principio, para la arena política, pero sus dotes no eran suficientes para dedicarse plenamente a ella, por lo que se optó por encomendarlo a Tito Dido para su formación militar.

Su bautismo de fuego fue en el 105 a.C. en la batalla de Arausio, donde el ejército romano cosechó una de sus más sonoras derrotas frente a Cimbrios, Teutones y Ambrones a las órdenes de Quinto Servilio Cepión, hijo del instigador de la conspiración que acabó con la muerte de Viriato.

Siguiendo a Cayo Mario se decanta políticamente por el bando *populari*, facción política democrática unida al pueblo; frente a los *optimates*, el grupo social más importante por excelencia, representantes de los altos niveles de la plebe.

En el 101 a.C., alcanzado el grado de prefecto, interviene destacadamente en la batalla de Vercellae. Dos años después pisa por primera vez Hispania como tribuno militar a cargo de la Hispania Citerior (Noroeste de España.) para sofocar a los celtiberos, que habían iniciado una nueva guerra para liberarse del sometimiento romano.

Vuelve a Roma para ser elegido cuestor de la Galia Cisalpina (Norte de Italia.) en el 91 a.C., pero tan sólo dos años después regresa a Hispania a las órdenes de Lucio Porcio Catón Saloniano y Cn. Pompeyo Estrabón.

Reconocido por el pueblo y su ejército, Sertorio quiere alcanzar una magistratura, pero cuando solicita ser tribuno de la plebe, el cónsul *optimatus* Sila se opone y de modo fraudulento lo hace fracasar en su intento; la mayoría de los pretores que debían votar, partidarios de Sila, alegan la falta de nobleza como impedimento. Este hecho fue decisivo en la vida de nuestro personaje, porque él había demostrado su total e incondicional entrega a la república y esperaba su otorgamiento por sobrados méritos. Sertorio piensa

que el impedimento de Sila es por temor a perder el poder ante la popularidad que estaba alcanzando. Este rencor le acompañó siempre, y lo hizo estrechar su adhesión al bando *populari* y no tener reparos para abandonar Roma.

Sila en el 88 a.C. sale favorecido de La Guerra Social y junto a Quinto Pompeyo Rufo alcanza el consulado; plétórico de poder parte hacia Grecia para contener a Mitridates VI, dejando a Cneo Octavio al frente de Roma, pero éste sucumbe ante los ataques de los *popularis* Cinna y Mario.

Los *popularis* alcanzan el poder, pero los anhelos de libertad y progreso no llegan y la urbe inaugura un gobierno de terror, sumergiéndose en la decadencia, la tiranía y el caos económico.

Mario muere en el 86 a.C. y, dos años después, Cinna es asesinado por sus propios soldados; Cn. Papiro Carbón accede al poder. Sertorio no acepta la tiranía vigente y empieza a ser demasiado incómodo para el actual gobierno *populari*. En el año 82 a.C. es obligado a partir para Hispania. Jamás regresará a Roma.

El 1 noviembre la resistencia *populari* es aplastada por el inmenso ejército *optimate* en la batalla de Puerta Collina: Sila toma el poder absoluto. A través de la “Lex Valeria” podía convertir en ley todas sus iniciativas sin necesidad de pasar por el senado. En la lista de proscritos se encuentra Sertorio, la víctima más apetecible. Roma empieza a alejarse de las formas republicanas para asumir la inclinación imperial.

A comienzos del 81 a.C., Sila envía a C. Annio Lusco como nuevo gobernador de la Hispania Citerior para eliminar a Sertorio, no por su peligrosidad potencial, sino para impedir que se convirtiera en refugio de desertores: da comienzo la Guerra Sertoriana.

Sertorio fracasa al intentar contener al enviado de Sila y se ve obligado a retroceder, primero hasta Cartagena y después a la costa africana.

A principios del 80 a.C. se reúne con los jefes lusitanos en Mons Belleia, (Provincia de Cádiz.) y acepta acaudillarles. En veranos de ese mismo año se interna en Sierra Morena hasta alcanzara el Algarve portugués. Una vez allí se atrae a unos con sabiduría y somete a otros. Utiliza a

una cierva blanca para conquistar al pueblo ignorante, haciéndoles creer que se le aparecía portadora de buenas nuevas. “...Se dio el caso que la cierva se perdió, la encontró un pastor y al entregarla a Sertorio éste le dijo que no se lo revelara a nadie. Después, estando reunido en asamblea montó la farsa de que la cierva se le aparecía sin ser llamada. Él lloró y asombró plenamente a todos”

Metelo entra en acción y, descendiendo por La Vía de la Plata, se enfrenta a Sertorio entre el Duero y el Tajo, pero posteriormente, obligado por la presión del ejército Sertoriano, llegan hasta el Guadiana y zona sur de Extremadura. Estamos en el año 78 a.C., dos años después, Perpenna, el que será el instigador de la conjura contra Sertorio, abandona Roma y se une a éste.

En el verano del 77 se funda La Escuela de Osca. “...Pero lo que sobre todo los conquistó fue su conducta hacia sus niños. Eligió entre los diversos pueblos a los hijos de las más nobles familias y los reunió en Osca, ciudad importante, y los dotó de maestros para que los instruyeran en las letras griegas y romanas. Eran, de hecho, rehenes, pero, aparentemente, él los educó para hacerlos participar, cuando hubieran alcanzado la edad varonil, en la administración del gobierno. Los padres, en tanto, estaban muy contentos viendo a sus hijos ir a las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba por sí muchas veces, distribuía premios a quien se lo merecía y les regalaba ornamentos de oro, que los romanos llamaban bullas”. Osca albergaba a niños desde los siete años. Eran rehenes, un método tradicional en la historia de Roma y sus relaciones con los pueblos que conquistaba, para elevar la romanización y mantenerlos dóciles.

Metelo llama a Pompeyo y éste llega a Hispania en el 76 a.C. En la batalla de Louro el joven general romano sufre una severa derrota. Sertorio desea perseguirlo en la huida, pero el fracaso de su general Hirtuleyo frente a Metelo le hace retroceder. Éste momento es un punto clave en la Guerra Sertoriana. A partir de aquí Sertorio pierde la iniciativa y se limita a contener y defenderse. En el 75 a.C. Metelo y Pompeyo se han unido y a nuestro

héroe sólo le quedan Osca, limitadas regiones pirenaicas y algunas zonas de Sierra de La Estrella y Sierra de Gata.

Los fracasos de Sertorio dan pie a las deserciones y se acentúa el odio de los romanos hacia los indígenas. “...*Ahora, sobre todo, muchos soldados de Sertorio se pasaron a Metello, y aquél, irritado por este hecho, ultrajó de modo bárbaro y salvaje a muchos y se granjeó su odio. El ejército le culpaba, en particular, porque se hacía rodear en todas partes de lanceros celtiberos en vez de romanos y, porque postergando a los romanos, había confiado su custodia personal a aquellos en lugar de estos. No soportaban que habiendo sido infieles a su patria Roma por apoyar a Sertorio, éste tampoco los consideraba fieles a él.*” La reciente proclamación de la “Lex Plautia” que daba amnistía para volver a los itálicos seguidores de Sertorio a Roma contribuyó poderosamente al declive.

En el 73 a.C. Pompeyo penetra por el curso del Duero reconquistando la parte septentrional de la Vettonia y la occidental de la Meseta Norte. Metelo, desde la Ulterior (Sudoeste de la península.) atacaría las plazas fuertes en el interior de la Lusitania y la parte meridional de la Vettonia. Nuestro personaje, fracasado y mermado de apoyos, tanto por sus compatriotas como por los hispanos, arde en venganza y ordena La Matanza de la Escuela de Osca. “... *y aunque no desobedecían abiertamente por miedo a su poder (el de Sertorio.) bajo mano desgraciaban los negocios, y agraviaban a los barbaros, tratándolos ásperamente de obra y de palabra, con que era de orden de Sertorio; de donde se originaban también rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar y sosegar estos desórdenes volvían habiendo suscitado mayores inquietudes y habiendo aumentado las sediciones que ya existían; tanto, que haciendo salir a Sertorio de su primera benignidad y mansedumbre, se ensañó con los hijos de los iberos educados en Osca, dando muerte a unos y vendiendo a otros en almoneda*”. Meses después Sertorio, acorralado y temeroso de todos, se refugia en las sierras de La Estrella y Gata, únicos lugares que se le mantienen fieles. “...*ofuscado ya por la divinidad, relajó sus esfuerzos en la acción y pasaba la mayor parte del tiempo entregado a la molicie, a las mujeres, a las francachelas y a la bebida.*

Por este motivo sufría continuas derrotas y se hizo en extremo irascible a causa de sus sospechas de todo tipo, cruelísimo en los castigos y lleno de recelo hacia todos, ...”

Sertorio murió en el octavo año de su gobierno en el 72 a.C., e Hispania fue recuperada al décimo de haberse iniciado el conflicto. “...*Pero cuando Perpenna tomó una copa de vino y la dejó caer en el acto de estar bebiendo haciendo gran ruido, lo que era la señal convenida, Antonio, que estaba tendido al lado de Sertorio, le hirió con un puñal. Volvióse éste al golpe, intentando levantarse. Pero Antonio se lanzó sobre él y le cogió por ambas manos, de modo que, hiriéndoles muchos a un tiempo, murió sin poder defenderse.*” La conjura la llevaron a cabo: M. Perpenna Veiento, M. Antonio, C. Octavio Graeciano, C. Tarquitio Prisco, L. Fabio Hispaniense, Mallio, Aufidio, Maecenas y Versio, todos ellos itálicos excepto Fabio Hispaniense que era de origen hispano.

La guerra Sertoriana desde el punto de vista de Roma fue una guerra exterior, pero desde el prisma hispano fue claramente una contienda nacionalista. Sertorio, como cualquier líder, depende de sus seguidores para afrontar la lucha. En este caso, llegado el período crucial de la contienda, dos facciones peninsulares se definen y bifurcan originando disensiones que lo harán fracasar. Los más ancianos, que habían sufrido la aniquilación de Numancia y las devastadoras andanzas de Didio, apostaban por la paz y la sumisión a Roma; sin embargo, los jóvenes, por el contrario, veían en Sertorio la única forma de lograr sus aspiraciones nacionalistas, veían en él a un resucitado Viriato. Si a esto añadimos las inviables relaciones entre los indígenas y los itálicos comprenderemos más claramente el fracaso.

La efectiva conquista de Hispania se produce con la muerte de Sertorio y no con la caída de Numancia. De manera plena la romanización llega a los más alejados rincones de la península, adentrándose incluso en las regiones Astures, Cantabras y Vasconas. La implantación del denario romano se impone a la plata indígena y seguirá en curso muchos años después de acabado el conflicto. Esto contribuyó al desarrollo de importantes centros urbanos y a la consolidación del modo romano de vida y gestión. El orden

autocrático existente desaparece e Hispania se convierte en una potencia económica. El latín se funde con las diversas lenguas autóctonas favoreciendo plenamente todo tipo de intercambios. Hispania había sido conquistada.

LA GUERRA SERTORIANA Y EXTREMADURA

Las contiendas que sostuvieron Sertorio y Metelo, se desarrollaron entre el Duero y el Tajo, para posteriormente llegar hasta el Guadiana, sur de Extremadura y Portugal y sudoeste de Andalucía. Sólo después de la victoria en la batalla de Itálica, de Metelo sobre Hirtuleyo en el 76 a.C., se extienden por toda la península.

Metelo se movía por La Vía de la Planta hasta el mar. Utilizaba también la vía fluvial para apoyarse; el Guadiana era navegable casi hasta Mérida, hasta El Salto do Lobo en los municipios portugueses de Serpa y Mértola.

Metelo entra en Hispania en el 79 a.C. avanzando por La Vía de la Plata. En la primavera de ese año cruza el Guadiana por uno de los vados entre Medellín y Mérida. Continúa hacia el norte superando el río Salor y la Sierra de Montánchez hasta fijar su campamento en Castra Caecilia. Desde aquí, y siempre hacia el norte, llegaría al Tajo para vadearlo a la altura de Alconétar. Seguiría el valle del río Alagón y de aquí al Puerto de Bejar hasta llegar a La Sierra de La Estrella. Metelo en ese avance por tierras extremeñas, funda Metellium, la actual Medellín; Castra Caecilia, situada a 2,5 Km de Cáceres; Caeciliana, ubicada a en las cercanías de Setubal, y Vicus Caecilius localizada en Baños de Montemayor. En el 78 a.C., después de fracasar en su intento de someter a Sertorio, y tras un excesivo desgaste no previsto, se ve obligado a retirarse hacia la seguridad que le ofrece el sudoeste de la península. Desde allí pide ayuda al gobernador de la Hispania Citerior.

Metelo, impotente para someter a Sertorio, emplea todos sus medios para defender las ricas Cuencas mineras del Guadiana, estribaciones occidentales de Sierra Morena y Cuencas Altas del Guadalquivir, por mandato expreso de Roma.

Las delimitaciones de las zonas protegidas a ultranza por Metelo se pueden localizar en el sudoeste de Badajoz y norte de Huelva, desde el Guadiana al Río Viar y su progresión hacia el este. En este amplio cuadrante se controlan los recursos mineros de la Cuenca del Tinto y Odiel; los yacimientos de plata y plomo de Azuaga, Mina de la Jayona, Comarca de la Serena, zona cordobesa de los Pedroches y algunos yacimientos situados entre Córdoba y la desembocadura del Genil.

Aunque los choques entre ambos bandos proliferaron por toda la zona definida, las Sierras de Salvatierra de los Barros, Fregenal de la Sierra y Aracena serían los escenarios más repetidos; de tal modo que la llanura de Tierra de Barros se convertiría en la línea que separaría la ocupación Sertoriana de la de Metelo.

Las “Glandes Plumbeae” (Proyectiles de plomo ovalados para lanzar con honda.) encontrados en Azuaga, en el Castillo de Miramontes, con el sello de Metelo, y los descubiertos en Encinasola, con la rúbrica sertoriana, reflejan la importancia que tuvo el control de la zona minera, que se extiende entre el sur de la provincia de Badajoz y el norte de Huelva, durante el desarrollo del conflicto.

FUENTES

“Sertorio.” Adolf Schulten

“Quinto Sertorio.” *Tesis Doctoral*. Félix García Mora

“*Tras las Huellas de Sertorio en Hispania: Arqueología de la Primera Guerra Civil Romana (82 – 72 a.C.)*” *Trabajo de Fin de Máster*. María Luisa Pérez Gutiérrez

“*Sertorio, el Libertador de los Hispanos*.” Artemy Candón González

“*La Invención de una Geografía de la Península Ibérica I. La Época de la República*.” De Gonzalo Cruz Andreotti, Patricia Leroux y Pierre Moret

“*Vidas Paralelas. Tomo IV*.” Plutarco

“*Guerras Civiles*.” Apiano

“*Historias*.” Salustio